



El doctor José Terrés y su tiempo

Germán Fajardo-Dolci,* Claudia Becerra Palars,
Claudia Garrido,** Eduardo de Anda Becerril****

Hijo del señor Coronel Don José Mariano Terrés y Doña Delfina Jimeno de Terrés, José Terrés nació en la Ciudad de México el 6 de julio de 1864. Se le bautizó con los nombres de José Luis Juan Fernando. Siendo muy pequeño perdió a su madre, por lo que su padre y él se fueron a vivir con su hermana mayor, Adelaida, casada con un señor de apellido Madrid, dueño de la Hacienda de Sila, en el Estado de México, donde pasó toda su infancia. En aquella época no había suficientes escuelas primarias, por lo que el Coronel, preocupado por la educación del niño, acudió a un profesor particular, Don Roberto Molina, quien tenía cierto parentesco con la familia Terrés, y fue él quien le dio toda la instrucción primaria y le despertó el entusiasmo por el estudio. Al terminar su instrucción primaria, su padre quiso que continuara sus estudios, por lo que tuvo que venir a la capital, donde ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria, Antiguo Colegio de San Ildefonso, en el año de 1876, de la cual era director en aquel entonces, el distinguido doctor y filósofo Don Gabino Barreda, quien influyó grandemente en el joven Terrés. De él aprendió una extraordinaria disciplina mental, un gran sentido de responsabilidad, además de muchos conocimientos valiosos. En ese plantel se distinguió Terrés como alumno brillante y dedicado. En México vivió con su hermana Virginia, casada con el Licenciado Emilio Monroy.¹ Al terminar la Preparatoria, su padre le pidió que estudiara Medicina, para complacerlo y por agradecerle la idea de ser médico, se inscribió en la Escuela Nacional de Medicina el 29 de diciembre de 1880, y una vez aceptado, inició sus estudios en el año de 1881. Concurrió a las cátedras de los ilustres Maestros Miguel Jiménez, Rafael Lucio y Agustín Andrade, de donde obtuvo provechosas enseñanzas

que influyeron de una manera determinante en su formación profesional. El Dr. Samuel García fue, entre sus compañeros de estudio, con el que cultivó una amistad más íntima que duró toda su vida, y que también fuera un afamado médico y director de la Escuela Nacional Preparatoria.

Los días 30 y 31 de marzo de 1886, a los 22 años de edad, presentó un brillante examen profesional ante el jurado constituido por los doctores Eduardo Liceaga, Rafael Lavista, Agustín Andrade, Maximiliano Galán, Adrián Segura.²

En los círculos sociales que frecuentaba, conoció a la distinguida señorita Elodia Villaseñor y Posada, con quien contrajo matrimonio en el año de 1889, habiendo tenido cuatro hijas —María Elodia, Esperanza, Elisa y Celia— y dos hijos varones, David, que murió al mes de nacido, y Octavio que murió el 24 de diciembre de 1915, víctima de diabetes mellitus a los 19 años de edad, cuando cursaba el segundo año de la carrera de medicina. La muerte de su hijo Octavio fue, para el Maestro Terrés, la pena más grande sufrida en su vida, ya que en él había cifrado todas sus esperanzas, pues habiendo seguido la vocación de su padre, hubiera sido el continuador de su fecunda labor.

A los cinco meses de haberse recibido, participó en un concurso de oposición para ocupar la plaza de Jefe de la Cátedra Clínica Interna, el acto tuvo lugar en el Hospital de San Andrés, el día 3 de agosto de 1886; el Jurado lo aprobó, y por unanimidad le otorgó la Cátedra. Este hecho fue definitivo en la vida profesional del Maestro Terrés y marcó el inicio de su brillante carrera. A continuación se transcribe el acta de dicho acontecimiento:

Reunidos en el Hospital de San Andrés, en el Anfiteatro, la tarde del día tres de agosto de mil ochocientos ochenta y seis, cinco minutos antes de las cuatro, los Doctores, Profesores Juan Ma-

* Dirección de Enseñanza. Hospital General de México.

** Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.

ría Rodríguez, Francisco P. Chacón, Rafael Lavista, Demetrio Mejía y Ramón Icaza, como jueces para el concurso de Jefe de Clínica Interna (Primer Curso) correspondiente al Tercer año de Medicina, y el Secretario que suscribe, fueron formuladas y numeradas las siguientes cuestiones para pruebas y prácticas:

1. *Medios que deben emplearse para reconocer y dosificar la albúmina y la glucosa, y analizar el ejemplar que se presente.*

2. *¿Qué instrumentos o aparatos se usan para la medición del tórax? ¿En qué enfermedades se utiliza generalmente este método y cuáles son sus ventajas?*

3. *¿Qué es el esfigmógrafo? ¿Cuál de los conocidos ofrece más ventaja? ¿Cómo se aplica y cómo se utiliza en el diagnóstico de las lesiones cardíacas y vasculares?*

4. *¿En qué enfermedades de orden médico, puede utilizarse el oftalmoscopio, y cuáles son sus ventajas?*

5. *Examen microscópico de la orina y reconocimiento del ejemplar que se presenta.*

Concluidas las pruebas, procedió el Jurado a la primera votación (de aptitudes) conforme al Reglamento: El Señor Magaña resultó declarado apto por cuatro votos, el Señor Barreda fue aprobado por tres votos, el Señor Villagrán fue aprobado por cuatro votos y el Señor Terrés fue aprobado por unanimidad.³

Años más tarde, el 2 de abril de 1897 concursó para obtener la plaza de Patología Médica; de esta materia fue maestro ininterrumpidamente, hasta el año de 1921, es decir, 25 años.

El Dr. Terrés, poseía una gran disciplina y en su vida imperaba el orden. Sus labores comenzaban muy temprano en la mañana; sus clases se iniciaban a las siete de la mañana, pero él siempre llegaba minutos antes de dicha hora, habiendo ya pasado visita a sus enfermos del Hospital General. Su tiempo lo distribuía admirablemente, programaba sus actividades de tal manera, que le alcanzaban las horas para atender a sus enfermos, estudiar, investigar y descansar. Sólo así puede explicarse su vida tan fecunda.

Fue Jefe del Pabellón de Tifosos del Hospital General, donde hizo muchos estudios sobre el tifo o tabardillo, que en ese tiempo hacía grandes estragos en la población y era una de las causas más frecuentes de muerte.⁴

En el año de 1909, Nicolle, descubrió que era el piojo el transmisor del tifo exantemático. El Dr. Terrés no aceptó esta idea, pues consideraba que no había hechos científicos suficientes para aceptarla. Actualmente hay que ser cautos al juzgar su actitud, pues es fácil, con los conocimientos del presente, saber que estaba equivocado, pero su rigorismo científico lo llevaba a ser demasiado cauto con las ideas nuevas. Años más tarde, el Dr. Terrés justificó su actitud, al descubrirse que la pulga era otro agente transmisor del tifo, aunque de la variedad Murino, al respecto nos dice en la *Gaceta Médica*:

Ha acontecido que por ser poco observadores y estar habituados a leer únicamente libros extranjeros, muchos médicos ven constantemente el Tabardillo a través del prisma de los conocimientos adquiridos por la lectura y no lo ven tal cual es, sino tal cual se lo imaginan; sorprendiéndose por eso al oír determinadas afirmaciones o de que se les llame la atención sobre ciertos hechos que deberían serles perfectamente conocidos?

El Dr. Terrés fue uno de los mejores clínicos de su época. Con su lógica y claro entendimiento llegaba casi siempre a diagnósticos certeros; por esto, con frecuencia era consultado por sus colegas para que los ayudara a resolver problemas difíciles de tal o cual enfermo.

La lógica, como arte, da reglas para encauzar el pensamiento discursivo en el mejor sendero que conduce al descubrimiento y reconocimiento de la verdad y, por consiguiente, hay que conceder dicha lógica y sujetarse a ella, so pena de aspirar a separarse de tal camino, dejando vagar al capricho la mente para que acierte sólo por casualidad, y ni aun en tal caso, se sepa el grado de confianza que merecen las ideas finales. Al huir de razonamientos correctos, al desdeñar las reglas de la buena inferencia. Al pretender atenerse sólo a lo que se ve sin saber enlazarlo con leyes generales, se realiza labor de empirismo y se coloca al arte de la Medicina en condiciones anteriores a la Era Hipocrática. El adelanto de todo arte consiste principalmente en cimentarlo en las leyes generales de la Ciencia, y el de toda ciencia lo cual la hace más y más deductiva.

Con los pacientes era brusco y tenía fama de ser poco accesible; pero esto lo hacía para mantener su autoridad y disciplinar a los enfermos, lo cual en

última instancia redundaba en su propio beneficio. José Terrés era un hombre exigente: primero, consigo mismo, y luego con cuanto le afectaba y cuantos dependía de su inmediata responsabilidad. Llamaba a las cosas por su nombre, con la meditada seguridad de quien estaba en lo cierto al emitir sus juicios; si bien, como hombre, podía equivocarse, jamás el errar sería producto de la improvisación, de la ligereza o del apasionado dejarse llevar por las apariencias o los prejuicios. Con estas particularidades es fácil entender la vida del Dr. Terrés.

La clientela particular del Dr. Terrés era muy numerosa, pues la fama de sus conocimientos se extendió por doquier; aunque la mayor parte de ella era de personas acomodadas, no por eso dejaba de atender a gentes de escasos recursos, a las que no sólo prestaba sus servicios gratuitamente, sino que los ayudaba en lo que fuera necesario. Muchos eran los que de diferentes partes de la república venían a consultar al Dr. Terrés. Atendía a esta clientela incansablemente, nunca negó sus servicios a quien lo solicitaba, aun después de un día de ardua labor, si era necesario se levantaba a altas horas de la noche para atender algún caso de urgencia.

La Academia Nacional de Medicina fue centro de actividad importante para el Dr. Terrés, ya que desde que principió a ejercer la profesión médica, todo estudio que realizaba, todo experimento que lograba y cuanto estimaba necesario someterlo al conocimiento de aquellos hombres doctos, lo hacía en busca de orientación y consejo o como aportes que pudieran ser útiles al avance de la ciencia.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 13 de noviembre de 1895, con una ponencia titulada *Historia de la Gripe en México*, en la que presentó datos estadísticos y describió la sintomatología de tal padecimiento. Dentro de dicha institución, además de haber sido un miembro muy activo, desempeñó los siguientes cargos:

Secretario de 1896 a 1897, Vicepresidente dos veces de 1899 a 1900 y de 1906 a 1907, y Presidente en tres ocasiones de 1900 a 1901; de 1907 a 1908 y de 1911 a 1912.

Al dejar la Presidencia de la Academia por primera vez, en el año de 1900, expresó un mensaje, en que se refleja su pensamiento y la situación imperante:

Al desarrollarse esplendoroso el espíritu de observación ha surgido también el anhelo inmoderado de ser aplaudidos y este fogoso deseo ha ocasionado más de un atraso, alejando a los infatigables y honrados mineros del codiciado filón

que debía enriquecer a la ciencia. Cuan útil sería que desde el comienzo del siglo XX, nos dedicásemos todos a hacer desaparecer este pernicioso mal. Para ello sólo tendríamos que ser un poco cautos para no prodigar nuestros aplausos y nuestros desdenes.

Al dejar la Presidencia de la Academia por última vez, sus palabras fueron:

Por indulgencia y bondad tan grandes que nunca podré pagar cumplidamente mi gratitud, he ocupado por tercera vez el honroso sitial de la Presidencia de esta Academia.

La encumbrada distinción con que fui favorecido —no galardonado, pues carezco de méritos para ello— me obligaba y otorgó energías para luchar porque la Academia saliese airoso de las dificultades que se presentaron en su camino.

Frente a frente del conocidísimo y con exceso manoseado aforismo que asegura que de la discusión nace la luz, ha surgido la afirmación opuesta; ya que algunos opinan que son inútiles los debates, no nos debe extrañar; pero si tales personas meditan con calma y recuerdan que el pensamiento propio es a menudo distinto del ajeno, que lo que uno juzga incuestionable, otro lo ve dudoso y un tercero lo considera inadmisibile: que en la vida real no sólo debe observarse uno a sí mismo y atenerse a sus ideas y sentimientos sino también tener en cuenta, en mucho, las de otros, y que únicamente las explicaciones amplias y claras pueden conseguir casar las encontradas opiniones, se llegará a la persuasión de que es provechoso poner de manifiesto los considerandos en que ha de apoyarse la solución de la dificultad, nula en concepto de unos, grande y aun invencible en el de otros.

Desde luego se advierte que la divergencia en las opiniones estriba en que se considera el asunto desde puntos de vista distintos. En abstracto, la única manera de adquirir firme conocimiento de la verdad es analizar sus pruebas, examinarlas con detención, pesarlas en las exactas balanzas de la lógica, es decir examinar o discutir, ya que la discusión sea efectuada por una sola persona, ya que sea realizada por varias, pero sin discusión no puede haber pensamientos sólidos y fundados; existirán prejuicios, surgirán ideas, inspiradas por la fe, miradas con los ojos cubiertos por la venda de la ignorancia o la muy tupida del capricho. El análisis, forzosa-

mente acompañado de correcta observación es el pórtico de la ciencia y el que se retrae de pasar por él renuncia a penetrar en el templo de esa augusta soberana.

La Academia Nacional de medicina acogió con singular interés los diversos escritos de Terrés y fueron discutidos e incluidos en la *Gaceta Médica*, como valiosos aportes para el progreso de la Medicina del país.⁵

Los artículos publicados fueron: *El Paludismo en México* (1893), *Historia de la gripa en México* (1896), *La ictericia en los abscesos hepáticos* (1897), *El cambio de sitio del límite superior de la matidez, en casos de derrame libre en la pleura derecha* (1898), *Nefritis aguda a Frigore* (1899), *Dictamen de la Sección de Patología y Clínica Médicas acerca del Tratamiento de la Tuberculosis por el jugo de carne cruda* (1900), *Creosota y cacodilato de sosa en la tuberculosis incipiente* (1900), *Sintomatología el Tabardillo* (1901), *la tuberculosis en el Distrito Federal* (1901), *Pronóstico del Tabardillo* (1902), *Dictamen acerca de los Trabajos presentados a la Academia Nacional de Medicina en el año de 1901* (1903), *Epilepsia y cuerpo tiroides* (1901), *los soplos accidentales* (1905), *Sobre la cuestión del tifo* (1909), *el triángulo paravertebral opuesto* (1909), *Tifo* (1910), *Etiología del Tifo* (1912), *Las causas de la disentería* (1912) *Paracolibacilo e infección Paratiroidea* (1912), *Discurso del Presidente de la Academia, pronunciado en la Sesión solemne el 1º de octubre de 1912, Reseña histórica del Instituto Médico Nacional de México* (1916), *La Circunscripción de nuestra actitud.* (Memoria presentada al VI Congreso Médico Nacional-1920), *Un pormenor de la conducta de varios médicos* (1921-25).

El Dr. Terrés también dejó su experiencia en la *Crónica Médica Mexicana*, donde escribió: «Educación Moral del Clínico» y «Sífilis Cerebral», dichos artículos fueron publicados en 1906. Donde se publicaron la mayoría de sus escritos fue en los periódicos del Instituto Médico Nacional: *El Estudio y Anales del Instituto Médico Nacional*.

El Dr. Terrés fue director del Instituto Médico Nacional de 1909 a 1915. El Instituto fue creado por ley aprobada por la Cámara de Diputados de 1888, gracias a la idea del General Carlos Pacheco, quien había observado que algunos de sus soldados usaban hierbas para curar sus heridas.

Antes de haber sido director de este Instituto, el Dr. Terrés había sido jefe de la Sección Cuarta y

profesor de Terapéutica del Instituto. Durante la época que el Dr. Terrés ocupó la dirección del Instituto, se invitó a químicos y botánicos extranjeros de renombre, para que vinieran a colaborar en el análisis de plantas de nuestro país. Este Instituto desapareció por orden del Gobierno en 1915, en momentos en los que nuestro país atravesaba por una difícil situación política.

Cuenta Don José Terrés en la *Historia del Instituto Médico Nacional*, que, al clausurarse dicho establecimiento, se dio orden de regalar a boticarios, hierberos y a cualquier particular que lo solicitara, los productos curativos reunidos.

Así mismo se obsequiaron a quien lo pidió los libros de la *Farmacología Nacional*, llegando éstos a encontrarse hasta en el famoso mercado de el «Vendedor».⁶

El Dr. Terrés participó en varios congresos médicos nacionales, habiendo sido Presidente del VI, realizado en la ciudad de Toluca del 18 al 25 de abril de 1920. Fue Presidente del Segundo Congreso Nacional del Tabardillo por el Piojo. Este congreso tenía por objeto investigar y conocer la distribución geográfica del tifo, las lesiones que producía y dictar medidas profilácticas para evitar las epidemias.

En aquellos tiempos, México ocupaba el segundo lugar en ceguera, situación sólo superada por la India. Esto hizo que el Dr. Terrés, consciente del problema, fundara una institución para evitar la ceguera en México. Fue presidente de la misma hasta su muerte.

Preocupado por el problema de las enfermedades venéreas, fundó también la «Sociedad de Profilaxis Sanitaria y Moral Contra las Enfermedades Venéreas». Entre las actividades que desempeñaba dicha sociedad, estaba la de distribuir folletos de divulgación con el objeto de instruir al público acerca de este tipo de enfermedades. Algunos de estos folletos los escribió el mismo Dr. Terrés: *El amigo de la Juventud*, *Lo que nuestros hijos deben saber a los 18 años*, y *Lo que todos deben saber*.

También creó la Sociedad de Medicina Interna de la que fue Presidente dos veces; fue miembro honorario de *National Association for the Study of Epilepsy and the Care and Treatment of Epileptics*; miembro del Patronato de «La Casa del Estudiante»; fue el director médico de la Compañía de Seguros «La Latinoamericana», desde que fue fundada, hasta su muerte.

El afán del Dr. Terrés por comunicar sus ideas y conocimientos, adquiridos a través de la experiencia, lo llevó a escribir varios libros. Fue uno de los primeros científicos mexicanos que se animaron a

transmitir sus ideas por medio de escritos, pues por aquella época pocos se atrevían a escribir por el temor a ser criticados, de allí que la mayor parte de la literatura médica que circulaba era extranjera.

Sus obras principales fueron: *Sumarísimo Manual de Anatomía, Fisiología e Higiene*. Este libro lo escribió cuando era maestro de las cátedras de Fisiología, Anatomía e Higiene en la Escuela Nacional Preparatoria, al ver que no existía un texto adecuado para los alumnos que cursaban estas materias. *Guía del estudiante de Clínica Médica*, libro en el que expone los diversos métodos de exploración clínica y donde describe magistralmente síntomas y signos; uno de los capítulos más brillantes es el que habla del interrogatorio. *Patología Interna*, obra que fue texto en la Escuela Nacional de Medicina durante varios años, consta de tres tomos; su estilo es pesado y difícil de leer, pero contiene valiosos conocimientos de la época. *Etiología del Tabardillo*, folleto de gran interés por sus enseñanzas acerca de esta enfermedad.

Otras de sus obras fueron: *El Paludismo en México, Introducción a la Clínica Médica y Prope-
deútica Clínica*.

Con frecuencia los escritos del Dr. Terrés son difíciles de entender, pues empleaba palabras muy castizas y de significado preciso, pero ajenas al lenguaje científico; deseaba formar un lenguaje técnico, propio de nosotros. Al respecto el Ing. Don Agustín Aragón dijo:

Terrés nació razonador y cultivó su huerto hasta enseñorearse de todo lo que es lógico. Cada escrito suyo es un capítulo de lógica aplicada a las cuestiones en que se ocupa, y cualquiera que desee conocer el buen funcionamiento en casos concretos fáciles y difíciles, lea las páginas de él; quedará bien instruido y vivirá agradecido al Maestro.

Toda su producción es un dechado de precisión, de claridad de estilo, de buen origen y casta, de corrección gramatical impecable, de rigor lógico y de todos los estrictos requisitos del lenguaje científico; todo es grano en ellas, y sí no están impregnados de belleza de los ricos granos, débese a que no era artista, a que su opulencia no era imaginativa, o de las imágenes exclusivamente, sino la del conocimiento preciso de los hechos, la de la feliz coordinación de éstos, la de la exposición metódica y la de la aplicación de este señorío al mejoramiento constante humano.^{6,7}

Tres de los anales de la Escuela Nacional de Medicina de los años de 1907 a 1910, están dedicados a la transcripción de sus lecciones de clínica médica del Dr. Terrés.

Su interés por conocer siempre la verdad le hizo que dedicara gran parte del tiempo a la investigación científica. Introdujo este tipo de actividad en el Hospital General, en el Pabellón de Tifosos, donde además de tratar de curar a los enfermos, realizaba labor de investigación con objeto de prevenir dicha enfermedad, es decir, el Dr. Terrés tenía un concepto moderno de la Medicina.

La vida de un hombre no es completa si guarda para sí mismo sus conocimientos y sus experiencias, como el avaro guarda sus tesoros. Un verdadero hombre de ciencia que ame su profesión, que esté interesado en los adelantos científicos, que desee contribuir al bienestar de su prójimo y que tenga rectitud, trata que sus ideas y su labor no mueran con él, sino que las comunica a sus compañeros, a sus discípulos para que éstos las hagan fructificar. Por esta razón es que la docencia fue para el Dr. Terrés una comunicación y una entrega de lo mejor de sí mismo.

Su labor como maestro empezó en su juventud, apenas había recibido su título cuando ya formaba parte del profesorado de la Escuela Nacional de Medicina; fue hasta el año de 1921 en que por problemas de salud dejó sus cátedras con gran tristeza.

Su dedicación ferviente a la docencia no puede expresarse mejor, que transcribiendo un párrafo del Dr. Abraham Ayala González en un homenaje póstumo al Dr. Terrés:

Varias veces me dijo que sentía mucho dejar su clínica, a la que tanto amaba, pero que el largo tiempo de trabajo le había fatigado y deseaba reposar. Poco tiempo después reunía varias veces por mes en su casa de la calle de Donceles a algunos de sus amigos y discípulos y allí pasábamos dos o tres horas de interesantes pláticas científicas.

Dejemos que sean sus alumnos los que nos hablen de él, pues quién mejor que ellos que lo conocieron como maestro, el mismo Dr. Ayala González también dijo:

La austera figura del maestro nos imponía respeto, pero un respeto lleno de afecto, de íntimo cariño para aquel venerable profesor que gastó su vida, los mejores años de ella, y los últimos que

debía descansar, enseñando clínica y patología a muchas generaciones de estudiantes, que ahora son todos médicos.

Puntualísimo en las horas que fijaba para sus clases, primero en llegar, aparecía 10 minutos antes de las 7 de la mañana en las puertas de este hospital. Quizá nosotros no supimos corresponder debidamente al celo que demostraba en el cumplimiento de su deber. Las lecciones que recibimos, esencialmente las de su clínica médica. ¡Qué huella tan imborrable han dejado en nuestros espíritus! su excelente método de exploración, aunada con la atinadísima interpretación de los síntomas, resolvía los problemas más arduos de diagnóstico y establecía el difícil pronóstico. Valorizaba todos los datos que recogía del paciente con razonamiento lleno de convicción y siempre apoyados por una inflexible lógica. ¡Cuántas veces íbamos dudosos en el diagnóstico de algún caso, nos llevaba despacio, poco a poco, haciéndonos ver el motivo de todas nuestras dificultades, a la solución del problema, nos exponía su opinión y siempre nos pedía la nuestra, para establecer la discusión que hubiera lugar. Como honrado profesor y hombre de convicción, no era raro que nos dijera que era imposible establecer un diagnóstico en algún caso concreto, aconsejando seguir al enfermo, para conocer la evolución del mal y así poder aclarar su naturaleza. Esperemos, nos decía, hagamos otras investigaciones que nos aclararán el misterio, veamos con paciencia el caso y no queramos conocerlo, sólo por una, quizá la de menos interés de su ciclo evolutivo. En fin todas esas valiosas prendas, constituyen un probo hombre de ciencia, un honrado profesor de clínica.

Su amigo el Ing. Agustín Aragón, en un artículo titulado *Perfiles Médicos*», publicado en la *Gaceta Médica*, escribió con relación a las características del Dr. Terrés:

En la figura del Dr. Terrés vemos encarnado sus discípulos el espíritu y el genio de la raza mestiza, con todas sus vicisitudes, con todos sus sacrificios, con todos sus triunfos.

Grandes maestros son la gloria nuestra en la Medicina Nacional, pues llenan una época, Miguel Jiménez y Rafael Lucio. De estos soles es Terrés el heredero. Estimulado en la empresa de servir a sus semejantes y con el ejemplo de tales mentores y con sus dotes, Terrés ha sido

el sucesor de los mismos en la enseñanza de la clínica médica en la práctica cotidiana y el más constante en cooperar a la formación de una literatura médica castiza y a mantener el prestigio fundado en méritos reales y no en meras declamaciones.

Terrés ha sido y es médico y sabio artista, conocedor de las leyes naturales. Favorecido de la naturaleza con un claro talento y disciplinante de éste: lo uno y lo otro, lo natural y lo artificial le han valido ser fecundo en arbitrios en sus distintas labores y gozar del placer de ser escuchado y del bien del prójimo. Cuando halla con un tropiezo en vez de creerse herido de muerte, es incansable en el trabajo o incesante en sus tareas hasta que llega a vencer en la batalla, de aquí que no sea una sorpresa su continuado triunfo.

En cuanto a la enseñanza, desempeñó varios cargos: Secretario de la Escuela Nacional de Medicina, en el año de 1901; años más tarde cuando presentó su renuncia, le contestaron: «No se acepta la renuncia de Secretario de la Escuela Nacional de Medicina, teniendo en cuenta la notoria inteligencia, el celo indiscutible y el acierto con que desempeñó dicho cargo», sólo se le concede licencia indefinida sin goce de sueldo; Director de la Escuela Nacional Preparatoria de 1905 a 1906; Jefe de clases de Anatomía, Fisiología e Higiene de 1914 a 1915 en la Escuela Nacional Preparatoria; Director General de Educación Primaria en el Distrito Federal en el año de 1912, y miembro del Consejo Superior de Educación Pública por varios años.

Terrés como maestro fue siempre muy querido y respetado por sus alumnos, pues su interés por enseñar le hacía que se dedicase con un gran amor a este tipo de actividad y, a pesar de ser muy enérgico y exigente, siempre fue justo y estaba dispuesto a ayudar a quien se lo pidiera. Veía en sus discípulos más que a alumnos a amigos. En las cátedras actuales, aún se mencionan sus experiencias.

Algunos de sus discípulos, que continuaron sus enseñanzas, fueron: Dr. Alfonso Pruneda, más tarde rector de la Universidad y Secretario de Salubridad Pública; Genaro Escalona, quien fuera profesor de clínica y director del Instituto Antirrábico; Everardo Landa, Presidente de la Academia Nacional de Medicina y de la Sociedad Sanitaria y Moral contra las Enfermedades Venéreas; Angel Brioso Vasconcelos, distinguido sanitarista; Germán Díaz Lombardo, destacado urólogo; Everardo Landa, César Margáin, Aniceto Garza Ríos y muchos otros más.

La generación a la que impartió clases por última vez, fue muy brillante, perteneciendo a ella grandes figuras que han contribuido a la grandeza de la medicina mexicana, tales como: Ignacio Chávez, Edmundo Azcárate, Abraham Ayala González y Gustavo Baz.

El día 3 de febrero de 1924 murió en la Ciudad de México a los 59 años de edad uno de los hombres que más han luchado por engrandecer la medicina mexicana. Víctima de su celo profesional, contrajo la tuberculosis, enfermedad que lo llevó en pocos meses a la muerte. Sus restos reposan junto a los de su hijo Octavio y su esposa en el Panteón Español.

El escultor Ignacio Asúnsolo hizo el monumento que está sobre su tumba y que representa a la vida, una mujer desnuda que está de espaldas y que va entrando a lo desconocido, al más allá, para honrar la memoria del maestro Terrés y hacer justicia a su vida tan fecunda que ha servido y servirá de ejemplo a las generaciones futuras.

Su amor de distinción fue conocer la verdad y aplicarla en bien de los demás. Sus delicados sentimientos crecían a medida que contaba con mayor número de recursos; su inspiración era renovada constantemente y su alegría de vivir por otros no tenía par. Tal vez el alma del maestro, cuya profesión íntegra estuvo al servicio del hombre con la cual construyó la obra más variada y duradera, patriótica y sabia.

El 8 de mayo de 1924, se llevó a cabo en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, una velada fúnebre organizada por diecinueve instituciones, entre ellas la Escuela Nacional de Medicina, La Academia Nacional de Medicina, el Hospital General, la Sociedad para Disminuir la Ceguera en México, etcétera. En dicha ceremonia el Licenciado Vicente Sánchez Gavito y el Doctor César Margáin, leyeron sendos discursos, y el Doctor Ignacio Chávez leyó una poesía compuesta por él, intitulada «Como un Cristo ya Anciano».

El día 6 de julio de 1925, aniversario de su natalicio, se le puso el nombre de José Terrés a una

aula del Hospital General por feliz iniciativa del entonces director de dicho Hospital, Dr. Genaro Escalona, en esa ocasión el discurso estuvo a cargo del Dr. Abraham Ayala González. En el año de 1930, el Departamento del Distrito Federal, le puso el nombre de José Terrés a una calle de la colonia de Los Doctores. El día 14 de junio de ese mismo año, se hizo la ceremonia oficial, en la que descubrió la placa su único descendiente varón, su nieto Jaime García Terrés.

Por la labor desempeñada, por su rectitud y honestidad, por su amor en la enseñanza y por la profunda huella que dejó en sus alumnos y en la historia de la medicina mexicana y que aún perdura en nuestros días, está plenamente justificado el título de... ¡Maestro Terrés!

BIBLIOGRAFIA

1. Bada JJ. «*Terrés*» *Estudio biográfico*. México: Facultad de Medicina, 1954.
2. Aguilar CF. *Héroes del dolor*. 2a ed. México: 1946.
3. Aragón A. *Diez retratos literarios de médicos mexicanos eminentes*. México: Comité del Centenario de la Facultad de Medicina. 1933; 33-33.
4. Díaz de Kuri M, Viesca Treviño C. *Historia del Hospital General de México*. México: Creatividad y Diseño, 1994.
5. Fernández del Castillo F. *Historia de la Academia Nacional de Medicina*. México: Academia Nacional de Medicina, 1946.
6. Fernández del Castillo F. *Bibliografía general de la Academia Nacional de Medicina*. México: Academia Nacional de Medicina, 1959.
7. Izquierdo JJ. Ojeadas sobre el pasado y vistas hacia el futuro de nuestra Escuela Nacional de Medicina. *Gaceta Médica de México* 1957; 57: 143-61.

Dirección para correspondencia:

Dr. Germán Fajardo-Dolci
Dirección de Enseñanza
Hospital General de México.
Dr. Balmis No. 148, Col. Doctores
Tel. (5) 761-6994
gfajar@glw.com.mx